





yo. Porque yo sé que, en mayor o menor medida por mis tantos años de permanencia en el Extranjero, me he apartado de la solera hispana, que, es tanto como decir *de su ortodoxia vital*. Siento mixtificado, adulterado o desviado este pleno de español que yo pude ser y debí ser. Lo siento en mi idioma, en mis costumbres, en en mis reacciones y en mi actitud. Valga la expresión, *para los auténticos españoles soy como un judío*. He perdido mi patria. Y hoy que lo comprendo, mido con metro de envidia todo lo que me distancia del viejo tramo hispano. Envidio al compatriota de hispanidad virgen. Sé que en tratándose de España, él tiene siempre la razón, y que, porque la tiene, nunca le faltará la fuerza para imponerse a todos los extranjeros o extranjerizados, llámense romanos, árabes, judíos, franceses, republicanos, marxistas y, en fin, "rojos" de ayer y de hoy.

Sé que no es cuestión de ideas, sino de virginidad hispana, que una vez perdida ya no se recupera con ningún género de honestidad. Es la inocencia lo que importa, porque sin inocencia la absoluta fe queda inaccesible y sin absoluta fe no se puede ser del todo español auténtico, con irrefutable derecho a mandar, a conducir y a "echar" incluso a los que convendría retener en cierto modo, pero que sabe España que le son más venenosos que indigestos e intolerables por lo tanto. Cuestión de ortodoxia que para España es vital como la luz.

¿Que por qué es así? El instinto de conservación en los pueblos, como en los individuos, tiene leyes para nosotros todavía oscuras. Necesitamos saber cuáles son los auténticos destinos de España. Ya sé que los ignoramos. Pero no ignoramos que existe una trayectoria histórica y que en ésta aparece inoculable una dirección futura. Según ella, España se presenta en el pasado como tierra

sensible a la unidad de sus partes y a la homogeneidad de pensamiento de sus moradores, porque en los términos en que esa unidad y esa homogeneidad se quebrantan, España se autodestruye. Si España no hubiese hecho la revisión que hizo y que concluyó con la fulminante expulsión de los judíos, España no habría sido España, porque habría traicionado la trayectoria histórica trazada hasta esa fecha atroz. La expulsión de los judíos explica y justifica la expulsión de los árabes en la tremenda reconquista. Sin aquella expulsión, lo demás no habría podido seguir. Pero a partir de entonces, *España tiene que expulsar a sus judíos* —es igual el nombre con que se presenten— *tantas veces como haga falta*. De lo contrario, aquel rudo acontecimiento resultaría huérfano de justificación y disculpa. En el mismo instante en que España falle en ese proceder, toda su historia resultará una brutalidad, incurrirá en traición a todos los que expulsó para conservarse homogénea y habrá perdido la brújula de sus destinos. Por eso era forzoso que los judíos de hoy, los exilados, los inasimilables a la ortodoxia española, salieran de España abandonando la patria a los españoles auténticos.

Sentiré menos no ser comprendido que ser mal interpretado en mi honrado propósito. Pero afirmo que Francisco Franco está perfectamente en la gran línea hispana. Yo descubro perfectamente en su régimen a la España eterna, que ni con enormes esfuerzos pude descubrir en aquella República tumultuosa. Es más, percibo no sólo que *los vencedores son los auténticos, sino también que los acaudilla Franco porque en éste concurre la máxima autenticidad hispana*. Es el más español. El más empapado en aquella solera, si es que no su encarnación misma. No es otro el secreto de toda esa cadena de circunstancias providenciales que le trajeron y le sostienen en el Poder. Está claro que del General Franco al último español de la Península hay incontables matices de autenticidad. Desde lo más puro hasta lo más adulterado. Muchísimos, sin duda, españoles "del tipo exilio". Y no pocos que podemos llamar "conversos", esto es, españoles que aborreciendo al régimen, antes están dispuestos a vitorearle en público que a abandonar España o contribuir a su martirio. Estos compatriotas merecen respeto especial. Empero, para la auténtica España, los matices no son tan importantes. Si se siente segura en el cuadro de frenos y mandos, se siente segura. Es esto para ella lo vital y no ambiciona para nadie más sufrimientos que los imprescindibles. Pero tampoco menos. Sacrificar unos cientos de miles de españoles a la paz de los más, y, sobre todo, a su propia supervivencia en la Historia, tiene que parecerle humanitario. Y en tanto que el General Franco no se desvíe un milímetro de la ortodoxia vital hispana, es bien seguro que contará con la mayoría de los españoles, sujetos a su conveniencia por la mente colectiva nacional que en esto no se toma punto de reposo. Todos sabemos que España tiene de tolerable lo que no tiene de tolerante. Sin duda es la justa línea hispana, la verdadera, y, como tal, la que conviene al bien de sus individuos, aunque sus contrarios pretendan presentarlo a los ojos del mundo de muy otra manera y con tan buena voz, que incluso el testimonio de los interesados—los españoles de España—no cuente para el caso. Escuece que sea así, pero desde luego escuece menos de lo que escocería si Franco accediera a pasar de lo tolerable a lo tolerante por un equivocado sentimiento de temor. Su deber es otro, y del draticismo con que lo obedezca depende el éxito. Lo sentencio y lo firmo yo, que ya *disto* de su España por esta mi involuntaria extranjerización, que, gracias al cielo, no es tanta que me ciegue como para dejar de comprender que la suya es la auténtica, y que sólo permaneciendo inexorablemente fiel a su vieja línea histórica puede aspirar a un futuro noble.

\*\*\*\*\*  
**LA NUEVA  
LEYENDA NEGRA**  
\*\*\*\*\*

han soportado mal. Pero, como si presintieran que ellos mismos acabarían por ser arrojados, lejos de rebelarse *contra la leyenda injusta*, dieron en indignarse *contra la causa*. Protestaron de la expulsión de los judíos y no de la leyenda. Y este hecho les denuncia. Estaba por tanto escrito que los hombres del exilio actual resurgirían al infame leyendón en su versión más abracadabrante. Con rigurosa similitud hoy hacen de judíos y España vuelve a representar, por su desgraciado resentimiento, el papel de exclusivo demonio en una curiosa corte celestial de naciones. Entonces..., entonces quien dijo España dijo Inquisición—¡y qué Inquisición!—, no obstante que la Inquisición fué en España de una benignidad como para sí la habrían querido todos los países cultos de aquel tiempo, pues mientras los franceses quemaban a Juana de Arco, y los checos a Huss, y los ingleses a Tomás Moro, y los italianos a Savonarola, y los suizos a Miguel Servet..., las hogueras de la Inquisición española (que por cierto no tuvo una noche de San Bartolomé ni cosa parecida) no han dejado recuerdo de ningún nombre ilustre o siquiera excepcional. En España se quemaba la humana miseria enloquecida como el que ataja una epidemia con justicieros escrúpulos. Ningún condenado pudo pronunciar un "¡santa simplicidad!" de mayor a menor. La grandiosa literatura hispana de los más oscuros días de la leyenda negra da testimonio admirable de la libertad de pensamiento y de expresión que España conocía en aquel entonces. Sin embargo, sólo España figura en los anales negros. Ha sido el precio de su intrépido "echar". Y ya por siempre, entre Barrabás y España, el impresionado mundo culto perdonará a Barrabás con impaciencia de ver sufrir a España. Todo esto explica que les haya sido tan fácil a los expulsados de hoy el éxito de su nueva edición universal corregida y aumentada de la leyenda negra española. Pero todo esto también prueba que, en efecto, estos nuevos señores del exilio, exactamente como los judíos de entonces, siendo de España no son verdaderos españoles. Lo probaron bien pronto apenas estuvieron en el Poder contrariando en breves años todo el rigor de la formal Historia de España. Lo probaron con creces durante la guerra civil, cuando ya convencidos de su derrota (¿se ha olvidado?), propusieron la división de España en dos naciones separadas, ajenas e irreconciliables. Lo probaron con sus feroces demandas al mundo, demandas de hambre y fuego para España durante el conflicto universal. Y lo están probando aún todos los días, desde que amanecen hasta que se acuestan, con su asombroso bullir en el infatigable reparto de esa nueva edición de leyenda negra, tan cegadora para el mundo, que otra vez anda pidiendo éste el indulto de Barrabás y el castigo de España...

**ESPAÑA TIENE  
QUE EXPULSAR  
\*\*\*\*\* A \*\*\*\*\*  
SUS JUDÍOS**

\*\*\*\*\*  
**LA HISPANA  
AUTO-RECONQUISTA**  
\*\*\*\*\*

que la fatal prolongación de aquella reconquista famosa que no se sabe haya sido censurada en el mundo culto. ¿Y por qué ha de estar bien expulsar a los árabes y estar mal expulsar a los judíos, a los marxistas y a los comunistas, si, como es de todos sabido, España no expulsó entonces por raza, sino por religión, codiciosa exclusivamente de unidad espiritual? ¿Por qué ha de ser justa la expulsión de los árabes, por ejemplo, y no ha de serlo la de estos españoles tan ajenos, distantes y contrarios al catolicismo español como los propios fieles de Mahoma? Para aquellos árabes españoles, España era suya. Pero se equivocaban. Lo mismo creen y lo mismo se equivocan estos exilados españoles que juran por esos mundos que España les pertenece. El caso es idéntico, y no debe asombrar a nadie que aquella reconquista que duró siete siglos se perpetúe en una autorreconquista que, al fin de cuentas, no es más que la eliminación de lo que contradice la unidad nacional española sin asimilación posible. Y no es que niegue yo que estos exilados no quieran a España siquiera sea a su modo. En verdad que la pueden querer muchísimo, bien que, probablemente, no más que la querían aquellos árabes y aquellos judíos. Pero una cosa es querer a España y otra ser español en la redonda acepción del vocablo. También el cáncer si tuviera sentimientos amaría apasionadamente el organismo que devora y del que es tan hijo como sus vísceras vitales. No es, ni mucho ni poco, una cuestión sentimental. El árabe quería una España musulmana. El exilado de hoy quería y quiere una España republicana, marxista y atea. Pero existe una España, una genuina España que es a la que hay que querer. Es justamente esa España que se autorreconquista sin descanso y sin autocompasión. Es—confesémoslo—la España católica, tradicional, dura, intolerante, monárquica y solitaria. Es esa y no otra. Y el que no la quería así, es que no la quiere.

Frente a los millones de españoles que sí quieren a España tal y como es, con todos sus vigorosos perfiles de virtud y defecto, resueltos a morir por su inalterable supervivencia, nosotros todos, los exilados, los mixtificados y los extranjerizados, no podemos hablar de amor a España. Porque queremos a una España

que no es la auténtica, a una España que no existe más que en nuestro deseo, a una España que para nacer necesitaría el previo sacrificio de la verdadera. Confesamos que esto no es querer a España, sino querer cambiarla porque como es no nos gusta. Aspiramos a someterla a una operación facial que le modifique el rostro y a recluirla en un correccional para transformar su carácter. Y esto no es querer, repito, sino querer cambiar. Pedimos que se aparte España de su histórico sendero para que coincida con el nuestro privadísimo. Pedimos una monstruosidad como capa de progreso. Aspiramos a que marque el paso con otros pies que empezamos por no saber a dónde se dirigen... Es, por tanto, lógico y hermoso que nos rechacen, que los auténticos se encrespen como un furioso mar, y que todos ellos, olvidados de su individualismo (tan recio como el nuestro), cuando el sismógrafo nacional nos denuncia como piratas en merodeo antiespañol, acudan a las armas cerrándonos el paso con violencia salvaje. Son ellos la España auténtica. Ellos que la quieren como es: indivisa, inalterable y con la eternidad de los cuerpos celestes. Ellos tienen razón y nosotros no. Debemos abandonarles la patria porque la entienden y la quieren. No les crista la verdadera España como a nosotros. Lejos de darles vergüenza llamarse españoles de una España católica, tradicional, monárquica, intolerante, solitaria y áspera, como la auténtica es, se les inflama el pecho de orgullo y la musculatura se les vuelve piedra... La quieren y la quieren. Dejémosela. Y busquemos redención para este amor deformado o imperfecto, que decimos tenerla, dignificándola por estos mundos como mejor sepamos.

**POR QUÉ ESPAÑA  
\*\*\*\*\* NO \*\*\*\*\*  
\*\*\* JUEGA \*\*\*  
AL "BRIDGE"**

Por favor, no me comprenda nadie ni demasiado despacio ni demasiado de prisa. Tenemos que comprender y que someternos a la realidad de que es por instinto de conservación por lo que España no admite adulteraciones, por muy civilizadas que éstas puedan parecer. Francia puede extraer su prestigio de un civilizado "on s'arrange". España no. España no juega al "bridge". Es

demasiado grave y demasiado vehemente. Es nación solitaria como sus hombres. Nación profunda, carne de conciencia, que puede ser negra y puede ser amaratada, pero que es siempre admirable e insoportablemente verdadera. Ya hemos visto que todo lo grande lo realizó sola y con arrogante exhibición de "eso" hispano que no se define más que por la antipatía que levanta en lo "otro". En cambio, todas sus catástrofes fueron indefectible consecuencia de su aparición en sociedad con ademanes ambiguos y palabras ajenas del todo a su nervuda línea histórica. España actúa tan sola como sus hombres. Mirad la gesta de los que se agigantaron en América. Cortés era un hombre solo. Y Alvarado. Y Pizarro. Y Almagro. Y Núñez de Balboa. Y Bartolomé de las Casas. El destino deja sólo a Elcano en la primacía de dar la vuelta al mundo antes que nadie. Son hombres que pelean entre sí hasta quedarse solos para lanzarse en soledad a desorbitadas empresas de las que no quieren testigos hasta después del triunfo. El español se agiganta en soledad.

La maldición de ser arrojados. Y no es injusto. No es injusto, porque, cuando el español se comporta así, es "que ya se ha ido". A los del exilio les ocurrió esto. Se habían ido estando todavía allí. Fué gobernando, mandando, cuando dejaron de ser españoles. Les dolía todo lo español. Les avergonzaba la Historia de España. Sus hombres de mayor talla eran para ellos figuras irritantes. Por eso, bajo su gobierno, el grito de ¡Viva España! fué un grito subversivo a reprimir por la fuerza. En una palabra, estaban fuera antes de irse, y de ello viene que todavía pareciera confuso hasta dónde hubo fuga y hasta dónde expulsión.

Torpe de mí si llegado a este punto aún no acerté a expresar bien que España no nos pertenece a nosotros, sino a ellos—porque ellos la quieren como es y nosotros no—, y que el mundo está apoyando una vez más la causa española de los que no lo son frente a la causa española de los auténticos. ¿O es que hay duda todavía sobre cuál es la verdadera España? Para los expulsados de todos los tiempos, para los del exilio, los extranjerizados y los desorientados, tengo como respuesta que la verdadera España es la de Viriato, la de Séneca, la de San Jerónimo, la de Alfonso el Sabio, la de Jorge Manrique, la del Cid, la de los Reyes Católicos, la del Gran Capitán, la de Felipe II, la de Lope de Vega, la de Cervantes, la de Velázquez, la de Hernán Cortés, la de Santa Teresa, la de Fray Luis de León, la del Greco, la de Núñez de Balboa, la del Padre Victoria, la de Balmes, la de Vives, la de Donoso Cortés... O, si se quiere, la de Numancia, la de las Navas, la de Santiago, la del descubrimiento y conquista de América, la de las Leyes de Indias, la de Lepanto, la de la Contrarreforma, la de la Inquisición, la de Otumba, la del Pacífico, la del Quijote, la de la Purísima de Murillo, la del Caballero de la mano en el pecho, la de Salamanca, la de los Autos Sacramentales, la de Trafalgar, la de la Independencia, la goyesca, la galdosiana, la maja, la torera, la de la Semana Santa, la del Corpus, la zarzuelera...

**¿ESPAÑA DE  
PANDERETA?**

Ahora he de dirigirme al equivocado mundo: mi respuesta sobre qué España es la verdadera, si esa—que hoy es la del General Franco—o la que los españoles en el exilio pretenden, es igualmente fácil. Porque cada persona medio culta de cada meridiano del planeta tiene ya, por pintura o libro, visita o relato, una representación más o menos acertada de lo que España es. A buen

seguro que nadie puede afirmar a la manera hidalga, con la mano en el pecho, que la España que él imagina o vió no sea una tierra de santos y héroes, reyes

y obispos, patriotas y caballeros, toreros y artistas, militares y curas, mendigos arrogantes, campesinos filósofos y criaturas en general exageradas, contradictorias, insumisas, rápidas, católicas y desconcertantes. De ningún modo una tierra de protestantes y masones, marxistas y teósofos, enciclopedistas y detectives, y gentes en general monótonas, prácticas, disimuladas, racionales, parsimoniosas, mecánicas, parlamentarias y circunspectas... Cada persona medianamente culta de cada país tiene una idea formada de lo que es España, como la tiene de lo que es Francia, Rusia, China y el mundo árabe. Es inútil querer engañarse. Y, porque cuando el río suena agua lleva, debe admitirse que esa idea formada responde siempre con relativa proximidad al modelo efectivo. España no es como los hombres del exilio español han pretendido hacer creer al mundo, del mismo modo que no porque ellos lo dijeran, Francia podría pasar a ser una nación hombruna y Rusia una nación diáfana... Y por qué si para tantas cosas, sea para canciones, para chistes, para leyendas o para cuentos, España es como es, ¿puede ahora resultar admisible que de improviso esa imagen de España se vea suplantada por la de una España desconocida, republicana, marxista, racional, pedante y atea?

Está en la conciencia de todos que los nombres de los jefes del exilio español son perfectamente incompatibles con los de las más destacadas figuras de la Historia de España. Está en la conciencia de todos que España es católica y que ellos no lo son. Que España adora las procesiones, las romerías y la Semana Santa, y ellos las prohibieron azuzando al asesinato de obispos, curas y monjas con verdadera morbosidad. Está en la conciencia de todos cuáles son los monumentos de la auténtica España, y ellos no perdonaron catedral ni palacio. Está en la conciencia de todos que no hay profesión más rabiosamente española que la de torero, y la verdad es que con ellos, con los del exilio, no se fué ninguno a cortar orejas de toros a las plazas de Méjico. Todos los toreros resultaron franquistas y no del lado rojo. Al contrario que muchos futbolistas. Confieso que este ejemplo puede parecer demasiado vulgar, pero no sé de otro ninguno más plástico y más a tono con la representación que el mundo se tiene hecha de España por esfuerzo de la prensa, de la radio, de la cinematografía y de la leyenda. ¿Se recuerda esas calles españolas con transeúntes toreros y majas de mantilla y mantón de Manila? Pues no hay cuidado. Todos esos tipos de la España de Merimée no han querido el exilio. Y ahí están. *La España típica sigue también en pie como un alarde de gracia de la España auténtica.* En cambio, la España de los hombres del exilio es otra imaginaria España, de la que el mundo no tiene la menor idea y de la que los españoles no tienen el menor gusto. La enemiga a querer admitir que España es como es, entra en el radio de las cosas perversas. Si Inglaterra es como es, y Francia es como es, y Norteamérica es como es, y China es como es, y Rusia es como es... ¿por qué no ha de poder ser España como Dios la hizo? Sólo si España representase una amenaza para el mundo por ser como es, se comprendería tan brutal desazón. Pero no hay sombra de tal cosa. La autorreconquista de España es inofensiva para los demás, y su inadaptación a algo tan desafinado como es este mundo que no se alcanza a sufrir a sí mismo, apenas puede causar asombro y de ningún modo puede levantar censuras.

**HISPANIA Y  
TODO LO DEMÁS**

La locura de España, la de su soledad, consiste en creer que el mundo no sólo se divide en hemisferio Norte y hemisferio Sur, hemisferio Este y hemisferio Oeste, mundo ruso y mundo anglosajón, sino que se divide también en Hispania... y todo lo demás. Don Quijote y Sancho Panza. Reconociendo que es, sin duda, excesiva la demencia del manchego, pero subrayando que los estilos deben exagerarse si es que se quiere que sean ejemplares. En consecuencia, España cree—y todavía no está probado que se equivoque—que el mundo no encontrará buen rumbo para buen puerto sin aproximarse de alguna manera a su modo de ser... Y España piensa que sólo entonces le será posible salirle al encuentro de buen grado. ¿Locura? Pero pacífica. En tanto que la cordura de los demás se denuncia a diario como belicosa y desafín...

Estaría dicho todo si no sucediera que estos españoles del exilio que tanto ayudaron a Hitler, como queda probado a lo largo de estas páginas, presentan la actual soledad de España como una consecuencia ineluctable de la derrota del Eje, con lo que se quiere significar que España no estaría hoy sola si la victoria hubiese sido de éstos. Y no es así. La soledad actual de España es asunto que viene rodando de la siguiente forma:

Primero hubo un instante en que, concluida su guerra civil, pudo parecer que España renunciaría a su recién recuperada soledad para alternar y congeñar con ciertos países. Pero en seguida el individualismo español puso plomo de prudencia en los pies de la patria. Así pudo verse, muy pronto, que España se resistía a hacer las concesiones indispensables para el esperado paso. España es católica, es humana y es apasionada y entusiasta de lo difícil. No pudo ser. Su repugnancia al gregarismo le vedaba aquel paso. El carácter, el estilo, la conciencia y el pensamiento españoles se rebelaron intransigentes abriendo anchos fosos de incomprensión que denunciaban a grandes gritos su insalvable disparidad de ideales con las potencias del llamado Nuevo Orden. España podía levan-



# ESCANDALO en América

tar la mano, pero no movió el pie, que era lo decisivo, y aun volvió la cabeza en consulta y con esperanza de encontrar ayuda. En una palabra, frente a todas las tentaciones, sólo por disparidad de ideales, España no acudió a la cita de los del Eje, colocándose en el mismo peligro que conocieron tantas naciones europeas ya sojuzgadas por el batallador germano al alimón con su insaciable amigo ruso. Y sucedió que, lejos de oírse las palabras de ritual, pronunciadas en cada caso por los más fuertes, ofreciendo a España medios de resistencia y alientos en su difícil postura, lo que se dejó oír fueron imprecaciones, insultos y descorazonantes "compóntelas"...

Así España se encontró frente a todos ya en esta soledad en que todavía la vemos. Su soledad arranca de aquellas fechas. De cuando España hizo su guerra—la guerra de su paz—contra ambos adversarios. Guerra en la que España peleó con palabras y con hechos. Hechos adversos al Eje y palabras adversas al bloque aliado. Su sorda batalla defensiva frente a las dos poderosas fuerzas convergentes está en la memoria de todos. Y se sabía bien, muy bien, que, venciere el que venciere, España tendría que aguantar un verdadero calvario en la postguerra. *Venciere el que venciere*. Si el alemán, tendría que habérselas con el alemán. Y si el anglosajón, tendría que habérselas con el anglosajón. Más violento el primero y más refinado el segundo. No sólo porque el alemán era más brutal, sino también porque el alemán habría tenido más razón que los anglosajones para hacer caer el régimen de España.

\*\*\*\*\*  
**EL ESCOLLO Y LA PROA DEL VENCEDOR**  
 \*\*\*\*\*

Vencieron los anglosajones. Y—lo mismo que de vencer el Eje es del todo seguro que en el primer conclave de los victoriosos se habría condenado al régimen español llevando a la práctica la sentencia si otros problemas más perentorios no lo impidieran—los anglosajones y el ruso expelieron su famoso voto de antipatía a quien en verdad había sido menos enemigo de ellos que de sus derrotados adversarios. Para un Hitler victorioso, la España católica, reaccionaria y tradicional tenía que merecer el anatema. Para los tres grandes, no menos, por su imaginario nazifascismo. Y es que *irremisiblemente España tenía que aparecer como un escollo solitario frente a la proa del vencedor, como sola estuvo durante la contienda frente a la proa de los contendientes.*

Así—era de esperar—se produjo la más brutal invitación que recuerda la Historia. La de los grandes al pueblo español para que éste se rebelase contra su régimen. Lo mismo habría pretendido Adolfo Hitler. Porque a los pueblos se les invita a traicionarse, a pervertirse, mediante rebeliones contra sus regímenes, como si éstos, en fin de cuentas, no fuesen la más patente expresión de su carácter y de su estilo en cada especial circunstancia. ¡Tremenda invitación a España a entrar en soledad! Para mayor escarnio, con tentaciones de hartura para sus hombres y de socorro para sus necesidades. Y para mayor humillación, firmando los besalamanos para la fiesta de la revolución española bajo el patronato internacional, aquellos mismos hombres que expulsados de España se aliaron a Hitler, le ayudaron en su propaganda y le sirvieron en sus peores deseos. Fué esta invitación del mundo a los españoles un acontecimiento sencillamente infernal. ¡Y qué algarabía la de los del exilio! ¡Qué fantasía en las promesas!

Cada general de España que se rebelase merecería los parabienes y el obsequio del mundo entero, hambriento de traición. Y cada civil sin exigencia de títulos de honradez o capacidad. Se habían abierto oposiciones internacionales a jefe revolucionario español. Cualquiera era bueno. Apenas iniciada la revuelta, las potencias acudirían en su apoyo con todo el peso de sus terroríficas armas. Tanto amenazaron, tanto prometieron y tanto mintieron sobre la supuesta enemiga de la inmensa mayoría de los españoles a su régimen, que muchos de ellos acabaron por creérselo y unos millares de locos armados en Francia resolvieron irrumpir por los Pirineos en suelo español, convencidos de que al aparecer ellos España entera los recibiría con los brazos abiertos y se revolvería contra Franco como un león enfurecido. Pero nada de esto ocurrió. Fracasaron unos y fracasaron otros. Nadie pudo blasonar de haber encontrado siquiera calor de simpatía en el pueblo de España. Ni amenazas, ni promesas, ni desafíos, ni escándalo internacional lograron conmovier a los españoles. Y el mundo desairado comenzó a aburrirse.

\*\*\*\*\*  
**MITAD QUIJOTE Y MITAD SANCHO**  
 \*\*\*\*\*

Pero este pueblo español, un pueblo del que hasta cuando se habla de él metiéndole en cualquier plural es siempre singular porque no sabe de hombres en serie, este pueblo hambriento y esquilado, saqueado y seco a fuerza de aguantar desde muy largo el viento de cara, parece recurrir alternativamente al Quijote y al Sancho, en que su humanidad se desdobra. Y cuando se sienten Quijote, los ejércitos con que se le amenaza se le antojan rebaños; los gigantes de la propaganda que le caen encima le parecen molinos que nada muelen, y la Dulcinea, republicana o monárquica que le confeccionan en Londres para su expansión, le huele a moza sucia y zafia, como cualquier Aldonza. Ve pro-

saicos Carrascos en los caballeros de la roja hoz, tiene por retablo de feria la actual función internacional y no encuentra ocasión de gritar ¡Leoncitos a mí!, porque él mismo se siente león en jaula de calumnias...

En cambio, cuando es su Sancho el que habla, su rezongar vale por toda una lección de sentido común. El llama al pan pan y al vino vino. Desnudo entró en la guerra mundial y desnudo ha salido de ella. A nadie quitó y a nadie costó un bledo. No ve justificado el griterío. Piensa que si derriba el régimen tendrá que soportar el de aquellos que le dejaron sin los dineros y sin las alforjas, y aún le robaron la tranquilidad empujándole a unir su suerte con la del derrotado. No olvida de dónde le vienen sus hambres. Percibe que los que incitan al mundo contra España no lo hacen porque todos los Sanchos se vean gobernados mejor, sino por gobernar ellos. Y él bien sabe cómo... El estribillo insultante de nazifascista en boca de los que trabajaron para Hitler le deja estupefacto. Recuerda que suecos y suizos, irlandeses y turcos favorecieron a Hitler de una forma o de otra, incluso—como los suecos—permitiendo el paso de soldados alemanes de guarnición en Noruega por su territorio y surtiéndole de buen acero y excelentes máquinas. Y no le cabe en sus entendederas por qué los demás son buenos y él es malo; por qué se puede ser fascista y germanófilo, si se habla inglés o árabe, y totalitario feroz si se habla ruso, y tirano inclemente si el idioma es eslavo, y terrorista antibritánico si el idioma es hebreo, y tabú para todo el mundo si se es irlandés y se pesa, por tanto, como elector en la política interna de los Estados Unidos, y entusiasta de Hitler a lo Mufti de Jerusalem o a lo Chandra Bose si se es mahometano... No entiende y no entiende. Su sentido común le incapacita para digerir tanta nueva injusticia en aquel mundo viejo. Pregunta cómo un Tito puede tener asiento entre personas honradas; pregunta qué ha pasado con Polonia, por cuya integridad y libertad el mundo fué a la guerra pregunta por los desaparecidos Países Bálticos; pregunta qué clase de democracia es la Unión Soviética; pregunta qué orden es éste y qué Naciones Unidas son ésas... Se hace cruces ante contrastes tan insólitos como que el vencedor de Verdún esté en la cárcel y el derrotado alemán de Verdún esté en la zona francesa con castillo, automóvil y querida.

MEJOR REBELDE  
 \*\*\* CONTRA \*\*\*  
 \*\*\*\*\* EL \*\*\*\*\*  
 MUNDO ENTERO

No le cabe en la cabeza que el papel de peligroso en este acto del drama universal le corresponda a España, que es casi su único espectador... No ve un solo síntoma de que pueda ser verdad tanta belleza como se le promete si se rebela contra su Gobierno. No descubre a nadie libre y mal comido como ejemplo de ese tan pregonado hartazgo y de esa libertad con que quieren encandilarle. Ve confusión, ve hambre, ve guerra civil larvada o abierta allí donde mira. Sospecha del consejo "patriótico" que puede darle un extranjero. Sospecha de que se empeñen en hacerle feliz a él a la fuerza los que no pueden hacer feliz a tantos que desesperados gritan. No le entra por qué regla de tres ha de ser válido el acuerdo de los grandes de odio a España cuando ya no es válido el acuerdo de amistad leal entre ellos mismos. Desconfía de que le quieran enseñar a ser buen español. Trae a su memoria lo ocurrido siempre que trató de alternar en sociedad. Ve que los europeos las pasan más negras que él... Y, en fin, contagiado del idealismo de su amo Don Quijote, *le tienta mucho más ser rebelde contra el mundo entero que ser rebelde sólo contra su Caudillo*. Piensa: que baza mayor quita menor y que empresa grande debe eclipsar a empresa chica. Tiene por más soberbio y más hispano aprovechar tan singular coyuntura de verse en oposición a todo el mundo. Se "palpita" que en esta hora, mientras el mundo no presente hechos consumados dignos de mejor postura de su parte, lo noble y lo seguro es permanecer solo. No quiere saltar de la sartén al fuego, como tantos pueblos que hoy lloran desgraciados. El Sancho español es demasiado viejo y demasiado cazarro para que pueda engañarle el lobo con el gorro de dormir de la abuelita. Sabe que al lobo no se le abre, aunque meliflue la voz con tiernas promesas y asome por debajo de la puerta la pata enharinada. Como su amo, el Sancho español ha decidido quedarse solo con un resuelto: ¡Sea lo que Dios quiera! Que el español en trance de apuro deja a la Providencia la solución. No a míster Bevin, y ello de por sí se alaba...

ENVÍO A LOS HISPANOAMERICANISTAS \*\*\*\*\*

Pronto—y si tardáis peor para vosotros—trocaréis en admiración este largo y aparente desprecio a España en larga y alborozada admiración. Apenas comencéis a descorrer esta espesa tiniebla, descubriréis que es cosa formidable ser madera de un tronco tan solitario y tan rotundo. La hispana fibra maestra que ahora lleváis como acolchonada entre tópicos embusteros dará en vibrar con celtíbera violencia. Y ya veréis. Porque no sois ramos de un tronco vulgar. Y aun aquellos que os emanciparon—torpe es decir independizaron—no abandonaron España por un "echar" de ésta, sino por albedrío y al socaire de dolorosas y harto conocidas circunstancias españolas. Quiere decirse que sois más españoles que los del exilio actual y que los expulsados de allá a todo lo largo de su larga Historia. Os marcharéis, pero volveréis. Emancipados, libres, dueños de vuestros destinos particulares, pero volveréis. Cuando con vuestros destinos particulares no tengáis bastante. Cuando abráis los ojos a vuestra más brillante posibilidad de supervivencia. Cuando busquéis, en la constelación de átomos-simiente de las mejores razas que España os dió con la suya, el Norte vivo, íntimo y único que puede poner fin a esta desparramada jornada sin rumbo propio verdadero y a merced de la propia impotencia... Cuando confiados en vuestra robustez individual desaparezcán aquellos complejos que os mueven a recelo y no temáis entregaros a una grar ilusión...